HISTORIA SOCIAL E HISTORIA PERSONAL EN LA *EPANÁFORA POLÍTICA,* DE F. M. DE MELO

El portugués Francisco Manuel de Melo (1608-1666) es uno de los escritores más singulares del Seiscientos peninsular, tan rico en figuras destacadas. Las circunstancias históricas incidieron directamente en su vida, haciendo que participara muy de cerca en los principales acontecimientos de la Península: la rebelión de Évora, la guerra de Cataluña, la Restauración de Portugal. La rebelión portuguesa de diciembre de 1640 le sorprendió actuando como destacado oficial del ejército real que intentaba sofocar la rebelión catalana, que narró en su obra maestra, *Guerra de Cataluña* (1645). Encarcelado en Madrid por sospechoso de conspirar a favor de los rebeldes portugueses, fue luego liberado y premiado por el conde-duque de Olivares. Pero precisamente entonces es cuando huye de España para sumarse a la causa de la Restauración. Al regresar a su patria recibe una fría acogida por parte del nuevo régimen, encabezado por el duque de Braganza, ahora Juan IV, y sólo obtiene cargos de poca importancia, muy inferiores a lo que merecían su experiencia y conocimientos. Y en 1644 es enjuiciado y condenado como inductor de un oscuro crimen pasional, el asesinato de un tal Cardoso, en el que estaba envuelto un criado suyo. Comienza entonces un largo período de encarcelamiento que culminaría en su destierro al Brasil (1655-1658). Sólo después de la muerte de Juan IV (1656) y

la subida al poder de su amigo el conde de Castelmellor, valido del débil Alfonso VI, se le amnistía y se le nombra para desempeñar diversas misiones diplomáticas.

Aunque todos los estudiosos coinciden en señalar que su enjuiciamiento en 1644 ocultaba razones más profundas que las oficialmente alegadas, no disponemos de documentación que nos permita desvelarlas. Edgar Prestage, su biógrafo más importante, desecha las interpretaciones románticas de los estudiosos del siglo XIX [1] y plantea la hipótesis de que la caída en desgracia de Melo fue consecuencia de sus anteriores actuaciones al servicio de la Corona española, que lo convirtieron en sospechoso en una coyuntura en que abundaban las conspiraciones pro-españolistas entre la nobleza portuguesa.[2]

A falta de documentación, la extensa y variada obra de Melo puede servir para profundizar en el análisis de las causas de su desgracia. Si en sus cartas, recogidas en el volumen titulado *Cartas familiares* (1664), apenas se deslizan algunas veladas insinuaciones, en la *Epanáfora política* aparecen alusiones mucho más claras a sus difíciles relaciones con Juan IV. A pesar de su interés, estas referencias no han sido bien aprovechadas por los biógrafos. Pero la *Epanáfora política* no reduce su valor a estos aspectos biográficos, pues constituye un lúcido análisis histórico escrito en elegante prosa.

La *Epanáfora política* es la primera de las cinco que integran las *Epanáforas de vária história portuguesa* (1660), relatos históricos de acontecimientos en los que participó Melo (el naufragio de la flota portuguesa en 1627, la rebelión de Évora en 1637, la batalla del Canal de Inglaterra en 1639) o de otros asuntos de la historia de Portugal (descubrimiento de Madeira en 1420, recuperación de Pernambuco en 1654).

---

[1] Cfr. Inocêncio Francisco da Silva, *Diccionário bibliográfico português*, II, Lisboa, 1859, pp. 437-438; Camilo Castelo Branco, «Prefácio biográfico» a Melo, *Carta de quia de casados*, Porto, 1898; Teófilo Braga, *Os Seiscentistas*, Porto, 1916.

[2] *D. Francisco Manuel de Melo. Esboço biográfico*, Porto, 1914, p. 163 y ss.

Aparece fechada en septiembre de 1649, momento en el que Melo se encontraba encarcelado en Lisboa. Esta circunstancia ha sido considerada como la causa de supuestas deformaciones históricas cometidas por el autor. A. Viñas Navarro dice que «tratando de lograr su libertad, acentúa las adulaciones al monarca, subordina los acontecimientos y su relato a la necesidad de ser gratos a quien podía otorgarle su perdón».[3] Se aplica aquí el mismo planteamiento que Pujol y Camps aplicó a *Guerra de Cataluña,* supuestamente escrita para obtener el favor de Juan IV.[4] Pero, como señala Joel Serrão,[5] la obra, aunque escrita en 1649, no fue publicada hasta 1660, cuando Melo había sido rehabilitado y gozaba del favor de Castelmellor, y durante ese tiempo pudo realizar cuantas modificaciones quiso en el texto de la redacción primitiva. La mayor o menor objetividad de la obra no depende, pues, de las circunstancias en que fue originalmente escrita.

Además de todos estos factores ambientales, hay que tener en cuenta que la posición política de Melo, como en el caso de *Guerra de Cataluña,* le empujaba a situarse en una perspectiva necesariamente prudente y equilibrada. Cuando escribe la *Epanáfora política* es un autor comprometido con la Restauración, pero su condición de testigo y partícipe en los acontecimientos que narra no le permiten acentuar los aspectos patrióticos, pues él fue uno de los agentes de la política de Olivares durante la sublevación evorense. Hay, sin embargo, una notable diferencia respecto a su posición en la guerra de Cataluña: su participación en la represión de la rebelión catalana la hizo como oficial del ejército español y a título individual; en cambio, su participación en las negociaciones destinadas a la pacificación de la sublevación de Evora la hizo en

---

3 «El motín de Evora en la restauración portuguesa de 1640», *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo,* n.º VI, 1924 (321-339), p. 334.

4 Ver *Melo y la revolución de Cataluña en 1640,* Madrid, 1886. Para la crítica de la tesis de Pujol y Camps, véase J. O. Picón, «Introducción» a *Guerra de Cataluña,* Madrid, 1912, pp. XLVI-XLIX y J. Estruch, «Introducción» a *Guerra de Cataluña,* Barcelona, 1982, pp. 23-24.

5 «Introducción» a *Alterções de Evora,* Lisboa, 1967, p. LV.

contacto directo con los máximos representantes de la nobleza portuguesa y siguiendo las orientaciones de Olivares. Si en *Guerra de Cataluña* se veía casi obligado a usar seudónimo y a referirse muy discretamente a su actuación personal, en la *Epanáfora política* puede usar su propio nombre y hablar con mayor libertad de sí mismo, puesto que su actuación estuvo de acuerdo con los intereses y los puntos de vista de la aristocracia portuguesa, que se inhibió ante la sublevación popular, de la misma forma que en 1580 había dejado al pueblo solo en la defensa de la independencia nacional.

De ahí que la *Epanáfora política,* escrita desde la óptica de los intereses aristocráticos, se resista a considerar la sublevación de Evora como un hecho directamente vinculado con la Restauración de 1640, protagonizada y usufructuada por la nobleza: «Deos queria que por mais justificado modo e mais decente à Corona deste Reyno se passase a cuja era».[6] A pesar de todo, no deja de reconocer que Evora es un preludio de la Restauración:

> Pareceo como hum Cometa, que sendo produzido da baixa exalação da Terra, subio, e se acendeo no Ar; donde fatalmente pronosticou importantissimas revoluçoens à Republica Portuguesa e Castelhana (p. 6).
>
> ...as alterações de Evora, as quaes como fausto e elegante preludio da rendenção Lusitana... (p. 151).

Pero, en general, Melo se muestra bastante reticente respecto al motín popular. Para él, las exigencias de los sublevados resultan exageradas, y sus métodos demasiado radicales y violentos. Cuando rechazan las propuestas de paz de Linhares, comenta: «Nunca da inconstancia popular tocou mais claro exemplo a esperiencia» (p. 125). Su negativa a la negociación y a la solución pactada resulta inconveniente, poco política, pues produce mayor radicalización y agudización del conflicto. La intransigencia de los rebeldes causa mayores males a la

---

[6] *Epanáforas de vária história portuguesa,* Lisboa, 1660, reproducción facsímil, Lisboa, 1977, p. 42. En lo sucesivo citaremos por esta edición, indicando sólo la página.

ciudad: «...com sua inquietação a oprimião de novo» (p. 127). En *Tácito português* utiliza términos aún más duros: «Correo o povo de Evora com barbaro movimento, reputaram-se em criminozos excessos, donde o menor era a sedição».[7] Del mismo modo, el sistema de organización democrática por el que se regían los amotinados le resulta poco atractivo: «qualquer do vulgo tinha igual autoridade que o mais sábio ou poderoso» (p. 41). El mito sebastianista, que alentaba los anhelos populares de recuperar la independencia nacional, le parece un «abuso» (p. 38). En este sentido, resulta también significativo que Melo eluda describir en forma dramática la represión de las tropas castellanas que acabaron violentamente con la sublevación de Evora. Más bien se muestra distante y poco solidario respecto a los sufrimientos del pueblo, trazando un panorama de imprevisión, miedo y desconcierto que avala su tesis de la inconstancia consustancial al pueblo:

> Começarão todos a desordenarse, confusos e temerosos, sem saber que meyo seguirião: porque o medo, com o perigo, jà era igual em os que punhão as mãos ou entendimento na persistencia da revolução publica (pp. 135-136).

A pesar de esta óptica aristocrática y recelosa respecto a las clases populares, no faltan en la *Epanáfora política* agudas y atinadas observaciones acerca del conflicto de intereses que subyace en el motín, es decir, la posición egoísta de la nobleza portuguesa y los recelos del pueblo ante los manejos de los nobles, que tratan de entenderse con el gobierno castellano a sus espaldas. En este sentido, Melo demuestra poseer una extraordinaria capacidad de análisis de los fenómenos sociales, muy poco frecuente en su época. En *D. Teodosio II*, refiriéndose a la sublevación, llega incluso a apuntar la existencia de una conflictividad inevitable entre los nobles y el pueblo:

> Logo rompeu através da Nação um grande desacordo e se começou a escutar, entre os grandes e os grandes e os pe-

---

[7] *Tácito português*, Río de Janeiro, 1940, p. 44.

quenos, aquela dissonância tantas vezes calada mas nunca extinta.[8]

Todo ello ha hecho que la *Epanáfora política* haya sido considerada «o mais notável documento e interpretação de história social desde Fernão Lopes».[9] En efecto, Melo no describe la sublevación de Evora como si se tratara de un movimiento patriótico en el que todos los estamentos actuaran en defensa de la independencia nacional, sino como un complejo conflicto de intereses en el que cada clase, cada grupo y hasta cada individuo trata de utilizar los sucesos en beneficio propio. En este sentido, resulta notable la crudeza con que se refiere a la ambigua y poco patriótica actitud de la nobleza portuguesa:

> Alguns tinhão para si que a gente principal não desprazia aquella demostração, porque sendo nella o perigo só do vulgo, que intentava a resistencia, vinha a ser comum o fruto de aquelle movimento, se por ella se conseguisse a emenda dos males que contaminavão a Republica (p. 32).

Por boca de los amotinados, llega a reproducir las acusaciones de falta de patriotismo lanzadas contra los nobles:

> Queixavãose e dizião: Que os senhores e poderosos de Evora não sentião deshumanamente a execução do Povo de sua Patria, porque não erão do Povo; que para os grandes, nunca havia novas leys que não fossem interpretadas em seu comodo (...) Que procuravão merecer com o Principe a custa das ruinas da Patria, e agora se congraçãvão com o Povo para se justificarem despois com ElRey, oferecendo por victima ao sacrificio de sua fidelidade o inocente e simples vulgo (p. 34).

También en *Tácito português* habla en el mismo sentido:

> Os grandes, que a principio desprezarão o primeyro movimento popular, já o respeytavão; os que em secreto não aprovarão, em publico lho não contradezião; foy fama que as ma-

---

[8] *D. Teodósio II*, traducción de A. Casimiro, Porto, 1944, p. 57.

[9] A. J. Saraiva y O. Lopes, *História da Literatura portuguesa*, Porto, 1982, p. 496.

> yores Cazas de Evora capitularão com o povo, que de melhor vontade recebeo sua obediencia que seu aplauzo.[10]

Melo describe, pues, con toda claridad la política de la nobleza: convertirse en intermediaria entre el pueblo sublevado y el rey español, consiguiendo así acallar el descontento antiseñorial del pueblo y presentarse al mismo tiempo ante el rey como garantes del mantenimento de Portugal dentro de la Corona española. Por eso los nobles evorenses, agrupados en la Junta de San Antón, veían con malos ojos que las negociaciones con los sublevados las llevaran representantes directos de Madrid, que los marginaban y les quitaban protagonismo político:

> A clemencia real devia ser ministrada pella mão de aquelles que por autoridade propria havião reparado o dano publico; porque de outra maneira, nem o Povo lhes agradeceria o beneficio do perdão (que bastava para o manter contra a nobleza insolente), nem ella haveria conseguido para com ElRey aquelle merecimento de lhe haver sugeitado o povo a concordia e arrependimento (p. 60).

El distanciamiento crítico de Melo respecto a la nobleza llega a expresarse directamente, cuando habla con voz propia como narrador. Al referirse a la reunión de personalidades portuguesas en Madrid, convocadas por Olivares para que dieran su parecer sobre la política a seguir respecto al motín, la califica de «vam e exquisita ceremonia», destinada a «apartar a nobleza do povo» (p. 99), y habla con desprecio de la actitud servil de los reunidos:

> Beneficiados de esta vanagloria, muytos dos circustantes seguirão com tanto aplauso o dictame do Conde Duque, que não só o aprovavão publica e secretamente, mas comunicandose aos amigos e parentes que tinhão em Portugal, derão grande reputação de clemencia a aquellas mesmas acções donde a ira se mostrava mais descuberta (p. 91).

---

[10] Ed. cit., p. 45.

No quiere todo ello decir que Melo ataque a la aristocracia desde una perspectiva patriótica o simpatizante con el pueblo. Su actuación personal en los hechos y su narración de los mismos muestran, como hemos visto, su punto de vista aristocrático. Pero esta posición no le impide observar con ojos críticos y poner de relieve los defectos de unos y otros.

La mentalidad aristocrática de Melo se manifiesta también en la importancia que concede a la actuación de los personajes destacados, que le interesa mucho más que la de las masas populares, siempre dibujadas a distancia y con trazos borrosos. Cuando introduce la digresión sobre la organización de los amotinados y habla del famoso Manuelino, se justifica por descender a estas cuestiones:

> Direi algũa cousa do modo das suas Juntas e da maneira que chamavão para sua congregação, para que se veja até donde alcança a industria dos oprimidos e para que a todos os Príncipes sirva de aviso, a fim de que cuidem de remediar a opressão dos vasallos antes que elles se disponhão ao remedio della (p. 39).

Como se ve, Melo, siguiendo las orientaciones de la historiografía de la época, se dirige a los príncipes y gobernantes para que aprendan de la historia. Pero no es muy amigo de disquisiciones teóricas, de dar carácter trascendente a los sucesos concretos. No quiere dilucidar en abstracto si son mejores los métodos represivos o los políticos para hacer frente a los motines y sublevaciones, pues considera que las circunstancias son muy variables, y que cada caso es distinto, por lo que no pueden aplicarse los mismos métodos siempre y en todo lugar (p. 59).

La voluntad de objetividad que preside la *Epanáfora política* hace que Melo no ordene a los protagonistas de los hechos en dos grupos, como en *Guerra de Cataluña.* Si en su obra maestra podía hacer esta división distinguiendo entre moderados y radicales, en la *Epanáfora política* se encuentra ante una situación mucho más compleja, pues la política de Olivares da cabida tanto a la posición dura e intransigente de Soares como

a la negociadora de Linhares. En la reunión de personalidades portuguesas previa a la represión del motín todos se muestran conformes con Olivares. Melo no puede, pues, recurrir al contraste de opiniones mediante dos discursos antitéticos, como en *Guerra de Cataluña*. Aunque ello resta brillantez literaria a la obra, le proporciona mayor solidez histórica, pues presenta la situación de forma mucho más realista y objetiva, sin reduccionismos sicológico-morales.

Los retratos de personajes demuestran la especial habilidad de Melo para «inquirir y retratar afectos».[11] A pesar de que en el momento en que escribía su relato Olivares ya había muerto, persiste en caracterizarlo de forma negativa. Es probable que ello se deba a que quería así compensar y hacer olvidar el hecho innegable de que él había actuado como agente del valido durante las negociaciones destinadas a pacificar los motines. Melo le acusa de ser inconstante, voluble respecto a sus subordinados (p. 20); de que su aparente benevolencia hacia los amotinados no era más que una táctica (p. 61); de que su modo de gobernar era sumamente violento y perjudicial para su monarca (p. 84). Este conjunto de críticas vienen reforzadas por el cuidadoso examen que tuvo ocasión de realizar en las entrevistas que sostuvo con él:

> Não perdi observação de seu mais descuidado movimento; porque a mesma desconfiança de minha capacidade me tinha pronto a todos os oficios de político, tanto no calar como no dizer, e sempre no ouvir, mas sobre tudo no crer (p. 74).

Es este uno de los fragmentos más claros respecto a la personalidad de Melo, caracterizada por su gran capacidad de adaptación a los ambientes más dispares, por su tendencia a observar más que a actuar, por su habilidad para no decir más de lo que quiere decir. Curiosamente, uno de los reproches más extensos que hace a Olivares es el de que se dejaba llevar por su afición por los libros de historia, de los que extraía enseñanzas que luego aplicaba en sus actuaciones po-

---

11 *Guerra de Cataluña*, ed. J. Estruch, ant. cit., p. 33.

líticas. No deja de ser chocante semejante crítica en labios de un historiador que sigue los modelos clásicos y que gusta de aleccionar a los gobernantes en sus propios libros de historia. Sin embargo, la crítica de Melo a Olivares adquiere su verdadero sentido teniendo en cuenta que lo que le reprocha es seguir las enseñanzas de los historiadores antiguos, en lugar de los modernos:

> **Os livros políticos e históricos que professara lhe havião deixado algũas maximas improporcionadas ao humor de nossos tempos, donde procedia intentar algũas vezes cousas asperas sem outra conveniencia que a imitação das antigas; como se os mesmos Tacitos, Senecas, Paterculos, Livios, Polibios e Procopios, que as aconselharão e escreverão, sendo hoje viventes, não mudarão a opinião a vista da diferencia que fazem os annos, os interesses e os costumes dos homens (p. 120).**

Como se ve, hay aquí una interesante defensa de la modernidad, que coincide con las que hallamos en otros lugares de su obra.[12] Este pasaje es también importante porque demuestra una clara posición relativista, antidogmática, que, aplicada a la historia, se opone a la idea de que los hombres son siempre los mismos y que, por tanto, la historia suministra ejemplos válidos en todas las épocas, puesto que la naturaleza humana permanece inalterable. Para Melo, la naturaleza del hombre evoluciona a lo largo de la historia, se va haciendo a lo largo del desarrollo histórico. Por ello relativiza el valor de los aforismos, de las enseñanzas de libros de historia pertenecientes a épocas pasadas:

> ...nos antigos exemplos e maximas de estado dos autores cuja virtude as vezes consiste primeiro na armonia que na verdade da sentença, vestida de palavras antes fermosas que uteis: como se o mundo, tambem animal vivente, não mudase (segundo os outros) com a idade, os costumes e a natureza (p. 121).

---

[12] Véase, por ejemplo, esta rotunda declaración: «Yo soy moderno. Ninguno estrañará haga partes de lo presente disputando sobre la opinión de lo pasado», *El Fenis de Africa, Obras morales*, II, Roma, 1664, p. 37.

No quiere esto decir que Melo esté en desacuerdo con la concepción educativa de la historia, heredada de la Antigüedad clásica. Es fácil encontrar en sus libros numerosas indicaciones morales o educativas, extraídas de los sucesos que narra. Pero Melo restringe esa función educativa a los libros de historia que tratan asuntos contemporáneos, semejantes a los que vive el lector. Por tanto, el carácter ejemplar de la historia clásica se pierde con el tiempo, no es aplicable fuera de su marco histórico, por lo que su valor queda circunscrito al terreno estético, literario.

Los ministros que rodean y sirven a Olivares son descritos con trazos igualmente negativos. Diego Soares, secretario de Estado en el Consejo de Portugal, aparece como un personaje intrigante y ambicioso, que ha llegado a su alta posición desde una escribanía de Hacienda. Es el cabecilla de una de las facciones de los portugueses establecidos en Madrid, la facción que representa los intereses de la burocracia estatal, de origen social no aristocrático. Frente a ella, la encabezada por el conde de Linhares defiende las posiciones de la nobleza portuguesa. La actitud de cada facción ante el motín de Evora está condicionada por la defensa de sus intereses de grupo. Para la de Soares, había que reprimir duramente la sublevación y aprovechar la ocasión para recortar el poder de la nobleza y aumentar el control directo del Estado español sobre Portugal. Se trata, pues, de defender una especie de absolutismo centralista parecido al imperante en Francia. Melo capta perfectamente el fundamento de su actitud:

> Assi procedião as duas parcialidades dos portugueses na Corte; que reconhocidas jà das alterações do reyno, cada hum procurava arrastrar a ca(u)sa pública, atè fazella servir a seus interesses e designios; porque o Soares e sua facção fundavão grandes maquinas naquella desobediencia. Dando a entender a elRey e valido que a segurança de Portugal consistia em *tirar o governo da mão aos grandes e crear otros sugeitos que devessem a elRey todo seu ser e melhoramento* (pp. 78-79, Subrayado nuestro).

No estamos, pues, ante un conflicto de patriotas frente a españolistas, o de radicales frente a moderados, sino ante una descarnada disputa de intereses, que Melo analiza con una lucidez inusual en su época.

Claro está que semejante lucidez no le impide tomar posición, colocándose claramente del lado de la aristocracia. Es especialmente crítico respecto de los letrados que ostentan altos cargos de gobierno, de los que intentan desplazar a la nobleza de sangre, que tradicionalmente monopolizaba la cúpula del Estado. Tampoco le gusta el excesivo poder real, el sistema absolutista, y se queja de la pérdida de parte de los privilegios nobiliarios:

> D. João o segundo, príncipe excessivamente zeloso da justiça e duramente oposto a grandeza dos vassallos, acordou de mudar o estilo antigo (...) e introduzir nas correições homens, professores de letras civis: gente que por meam entre os grandes e pequenos, pudesse moderar a autoridade dos senhores e castigar a insolencia do vulgo. Este modo de regimento, por ser mais em favor da Monarquia que o passado, foi tão aprazivel a todos os reys sucessores de D. João, que nenhum se lembrou de restituir a nobreza estas dignidades que D. João lhes alhéara: nem advertidos dos grandes inconvenientes que sobrevierão por essa causa ao Rey e república: tais que a todos puzerão perto da ultima ruina (p. 27).

Otro importante aspecto de la *Epanáfora política* es la caracterización de la Corona española como un poder en declive. Sus reyes han degenerado y han cedido sus prerrogativas reales en favor de los validos:

> Os reys relaxados, ou por mistura do sangue austriaco, sempre notado de remiso, ou do excessivo ocio, que jà durava por mais de meyo seculo, os fazia proceder tam pouco atentos as ocurrencias publicas, que entre as mais importantes, se achavão como estranhos na observancia dos meyos convenientes a sua conservação. (...) Bem podemos afirmar não tinhão de reys mais da vazia dignidade; e só por aquella vez o poder, que foi bastante para entregarem a seus validos o regimento da república (p. 7).

También se refiere a la mísera situación del pueblo español, oprimido por los impuestos, que luego se empleaban en gastos suntuarios:

> Era então por toda Espanha universal queixume dos vasallos, que a sustancia tirada dos pobres com arte ou violencia se despendia em desproporcionadas mercés e fabricas impertinentes (p. 24).

De todo ello Melo concluye que el «vigor espanhol, célebre em outras idades» (p. 151) se encuentra condenado a un proceso de decadencia imparable.

La *Epanáfora política* es la obra de Melo que más y mayores referencias autobiográficas contiene. En varias ocasiones utiliza la primera persona del plural, incluyéndose dentro de los destinos de su nación. Cuando habla de su actuación personal, trata de reivindicar su buen nombre presentándose como un patriota. Insiste en varias ocasiones en que su misión como portavoz del duque de Braganza en Madrid la llevó a cabo siempre bajo las órdenes de éste:

> ...confiado que os meritos da obediencia me darião forças para levar hua carga tão excessiva a meu talento (p. 73).
>
> Não elegí os meyos da negoceação (sendome sinalados)... (p. 80).

Después, cuando empieza a narrar cómo fue nombrado asesor del conde de Linhares, que debía negociar con los amotinados, adopta un lenguaje elusivo. Parece hablar en clave, como si tratara de llamar la atención sobre secretos que conoce y no quiere o no puede revelar claramente. En la introducción nos dice: «...publicando eu o que callarão todos...» (p. 5).

Analizando las claves de su actuación a partir de su propio testimonio, resulta sumamente significativo que, antes de entrar en Portugal, los otros dos acompañantes de Linhares fueran llamados a Madrid, con lo que Melo quedó como único asesor del conde. ¿Por qué precisamente él, hasta entonces uno de los muchos aspirantes a cargos o prebendas que pobla-

ban Madrid? Lo más probable es que Melo, más que como asesor de Linhares, actuara como enlace entre Olivares y el duque de Braganza. ¿Al servicio de quién actuaba? Para responder a esta pregunta hay que tener en cuenta el contexto general y la situación de Melo en particular. En aquel momento, no había ideales patrióticos entre los nobles portugueses, y mucho menos en el duque de Braganza. Todos trataban de hacer méritos ante Olivares, de manera que nada tiene de extraño que Melo, un joven caballero ansioso de mejorar su posición, se pusiera al servicio del todopoderoso valido.

De lo que él mismo explica se deduce que su misión era sondear las verdaderas intenciones de Braganza ante el motín de Evora, dato importantísimo que Olivares necesitaba para saber si se encontraba ante un motín popular o ante un vasto movimiento patriótico en el que estaba implicada la nobleza portuguesa y su máximo representante, el duque de Braganza, que además poseía ciertos derechos a la Corona de Portugal. Así se comprende que Melo, de vuelta a Madrid, se entrevistara a solas con Olivares y que éste le preguntara sobre la posición de Braganza y otros nobles. Así nos lo expone él mismo, aunque se presente en actitud cauta, como encubridor de Braganza:

> **Arribado porém a Madrid, em poucos dias, cheguei a presença do valido, que com assaz destreza, procurava animarme e informallo sem algum receyo. Forão sutís e intrincadas as preguntas. O conde tinha alto ingenho e eloquencia: pedia tudo a ocasião todas encaminhadas à observação do animo dos Grandes do Reyno (...). Referi o sucesso, despido de todo o discurso, *por não fazer ofensa, com minha ignorancia ou malicia, a algũa verdade.* (...). Não ficou sugeito em Portugal, de aquelles que podião ter parte na direcção publica, sobre quem me não fizesse particular exame, mas donde mais se lhe conhecia desejo de investigar suas acçoens era quanto à Casa de Braganza, ao Marques de Ferreira e Conde de Vimioso (pp. 129-130. Subrayado nuestro).**

Él mismo reconoce, pues, que su misión consistía en averiguar para Olivares la posición de la alta nobleza lusitana. Pero pretende que consiguió salvaguardar ciertos secretos com-

prometedores («algũa verdade») para Braganza y contentar al mismo tiempo a Olivares, que lo despidió «prometendome os interesses de meu aumento»» (pp. 131-132), es decir, prometiéndole que recompensaría sus servicios.

Luego, tres años después, al estallar la sublevación que devolvería la independencia a Portugal, Melo fue encarcelado debido a que Olivares sospechó que le había ocultado información en la entrevista anteriormente descrita. Claro está que no nos dice cómo logró convencer por segunda vez al valido, que lo liberó con todos los honores y lo compensó con bastante generosidad. Melo se limita a reproducir las palabras de Olivares al dejarle libre:

> Ea cavallero, ello ha sido un error, pero error con causa. Bien se acordará lo que me dijo en El Pardo; pues ¿para qué pudo ser bueno acreditar tanto acciones contingentes? ¿No se ve cuáles se nos volvieron su N., y su N. y su N.? (p. 131).

Palabras ciertamente contradictorias, pues si Olivares reconoce que fue un error encarcelar a Melo por haberle creído cómplice de Braganza, Ferreira y Vimoso («su N. y su N. y su N».) no se entiende por qué luego dice que Melo los acreditó tanto. En definitiva, la versión que Melo nos da de su actuación al servicio de Olivares es bastante confusa, pues quiere hacernos creer que logró engañar por dos veces a Olivares para favorecer a Braganza y a los nobles portugueses, es decir, que pudo aparecer como fiel a España sin traicionar a Portugal.

Aunque no podemos hacer otra cosa que tratar de descubrir las contradicciones en que el mismo Melo incurre, por no disponer de otra fuente que nos permita contrastar su versión, creemos que puede afirmarse que Melo llevó a cabo un peligroso doble juego que acabaría volviéndose contra él al atraerle la animadversión de las dos partes a las que había pretendido servir al mismo tiempo. En efecto, nuestro autor aprovecha la *Epanáfora política* para insinuar que el duque de Braganza se mostró desagradecido con su gestión ante Olivares, y que buena parte de sus desgracias a su regreso a Portu-

gal se debían a su pasada actuación durante la sublevación de Evora:

> Desta maneira resoluto (el conde de Linhares) escreveo a elRey e a o valido com singular moderação e não pouca destreza, escusándose de ser autor de qualquer noticia: porque despois de se lhe não pedisse conta do que dissera ou deixara de dizer. *Com a mi (annos despois) me foi pedida e com prisão, desterros e trabalhos castigado o silencio que guardei,* sendo voltado a corte; adonde Linhares me despachou, remetendo tudo, *por meu mal,* a informação que eu desse a elRey e Conde Duque (p. 128. Subrayado nuestro).

Aparentemente, las desgracias que dice haber padecido pueden ser los meses de cárcel que pasó en Madrid en 1641, lo que le permite calificarse como «o primeiro portuguez que em Castella padeceo pella fé do reyno» (p. 130). Sin embargo, conviene hacer notar que habla de «desterros» en plural, es decir, de los destierros a Africa, luego a la India y finalmente al Brasil a los que fue condenado sucesivamente por habérsele considerado inductor de la muerte de Cardoso. Melo parece decir que el duque de Braganza, luego Juan IV, le pagó muy mal los servicios prestados en 1637. Hay otro pasaje en que lo insinúa con bastante claridad:

> Em muytos dos mayores causou novo temor, persuadidos de que o Linhares se escusaria com elles do pouco que havia obrado; com que elRey e valido ou podião nacer, ou confirmarse sospeitas custosas, contra seus procedimentos. Com tal pensamento, *houve algum, que particularmente me encarregasse sua justificação, em que obrei tanto, que em vez de o obrigar, o fiz ingrato.* Por ser, como diz Tacito, costume dos Principes e Grandes aborrecer os serviços ou boas obras que lhes são feitas, despois que requerem algũa notavel satisfação (pp. 128-129).

Este «algum» que le encargó que le justificase ante Olivares, es decir, que avalara su fidelidad a la Corona española, no puede ser otro que el duque de Braganza. Es lógico que el que más tarde se convirtió en rey de Portugal no sintiera especial simpatía por el único testigo de lo que realmente ocurrió

entre él y Olivares en 1637. Si, para Olivares, Melo era sospechoso de estar vinculado a Braganza, para éste resultaba sospechoso de servir a Olivares.

El hecho de que, aunque de forma incompleta y sibilina, Melo nos proporcione estas valiosas informaciones políticas, tanto de su actuación personal como de los dirigentes portugueses y castellanos, demuestra su interés en aprovechar el relato histórico, publicado en condiciones políticas favorables para él, para lanzar ciertos mensajes en clave que le permitieran jusificarse a sí mismo y apuntar la conexión existente entre sus gestiones de 1637 y su encarcelamiento de 1644.

Por lo que se refiere al estilo y a la técnica compositiva, la *Epanáfora política,* aunque sigue los mismos modelos que *Guerra de Cataluña,* presenta notables diferencias respecto a esta obra. La *Epanáfora política,* debido a su corta extensión, no está tan estructurada. No hay una división interna en función de la tensión dramática. Los párrafos no tienen tanta autonomía, y el componente filosófico-moral es menor. Hay algunos cuadros descriptivos interesantes, pero menos vivos que los de su obra maestra. El más logrado es el que describe el estallido del motín (p. 30 y ss.). En él no demuestra ninguna simpatía por las masas populares, compuestas «da peor gente da república». La huida del corregidor de Evora presenta alguna semejanza con la del virrey Santa Coloma, pero no alcanza su nivel de penetración sicológica y de dramatismo. Mayor viveza tiene la descripción de la noche del Año Nuevo, en la que los evorenses se congregaron ante la casa de Linhares y le cantaron irónica y amenazadoramente las típicas *janeiras* (p. 127).

Otra característica específica de la *Epanáfora política* es el uso de documentos, cartas o circulares, que Melo reproduce en castellano para dar mayor sensación de autenticidad. Utiliza esta técnica, poco usual en la historiografía de la época, «contra meu costume, mas em beneficio do credito da historia» (p. 112), con lo que se acerca a las modernas técnicas historiográficas.

En cuanto a los discursos, prefiere el estilo indirecto, incluso para el más importante, el del obispo de Portalegre, que sólo al final contiene un breve fragmento en estilo directo (p. 97). Tampoco utiliza la técnica de oponer, como en su obra maestra, dos discursos antitéticos, aunque podía haberlo hecho para contrastar las posiciones de los amotinados con los que iban a negociar con ellos, o las de Soares con las de Linhares. Curiosamente, los amotinados, al fin y al cabo los verdaderos protagonistas de los sucesos, quedan sin voz y sin personaje que los represente. De esta forma, el motín queda convertido en simple decorado del juego de luchas e intrigas entre personalidades políticas de alto nivel.

A modo de balance, podemos decir que la *Epanáfora política* es un importante y original relato histórico, que se centra no en la narración de los hechos, sino en la descripción del complejo entramado de luchas políticas a que éstos dan lugar. Su gran mérito reside en que, estando Melo tan a fondo comprometido en los sucesos que narra, sea capaz de objetivarlos y contemplarlos críticamente. La *Epanáfora política* traza un amplio panorama de la dinámica política y social desencadenada por el estallido de una sublevcaión popular en una coyuntura crítica de la historia peninsular. Describe con extraordinaria lucidez la actuación de los distintos grupos y clases en defensa de sus intereses particulares. En este terreno, no encontraremos en la historiografía española o portuguesa de la época relato alguno que pueda comparársele.

JOAN ESTRUCH TOBELLA
I. B. Sant Andreu-Barcelona